

***EL MUNDO DE LOS DESEOS EN LA ESPIRITUALIDAD DE
SANTA TERESA DE JESÚS, EN EL "LIBRO DE LA VIDA"
ESBOZOS DE UN REGALO ÚNICO***

Fabiola Peña Piñar

Sumario: El mundo de los deseos es más importante en la vida espiritual de lo que pueda parecer. Santa Teresa de Jesús no es la única que ha experimentado esta realidad fundamental en su propia vida, pero es una de aquellas personas que mejor han expresado el papel que el deseo juega cuando nos referimos a las relaciones de cualquier persona con Dios. Nuestros hechos muestran cuánto progreso hemos hecho en nosotros por la acción de Dios, pero es en los deseos en donde Él encuentra la principal ayuda en nosotros para poder llevar a cabo nuestra transformación espiritual, de la que procederán luego las buenas obras.

Summary: The world of desires is more important in the spiritual life than what may seem to us at first glance. St. Teresa of Jesus is not the only one who experienced this fundamental reality of the inner life, but one of those who have expressed better the role that desire plays when we refer to relations of any person with God. As our deeds show how much progress has been made in us by the action of God, instead are the desires the main help that He finds in us, in order to carry out our spiritual transformation.

Palabras clave: Deseo, amor, espiritualidad, relación, intimidad, proceso, camino, mística (cristiana), amistad, comunión, experiencia, discernimiento.

Key words: Desire, love, spirituality, relationships, intimacy, process, way, mysticism (Christian), friendship, fellowship, experience, discernment.

Fecha de recepción: noviembre de 2009

Fecha de aceptación y versión final: enero 2010

Tomado el deseo o los deseos desde un punto de vista general, podría decirse que estos nos remiten a un movimiento o impulso enérgico hacia algo para poder disfrutarlo, conocerlo o poseerlo. En este sentido, los deseos rezuman “neutralidad” por todos los lados. En función de la referencia o la dirección que tomen estos deseos –algo que no queda siempre claro–, se podrán determinar de forma positiva o negativa en la propia vida.

El presente artículo trata de mostrar algo de ese *mundo de los deseos*, como lo que son: ese mundo autónomo tan propio del ser de toda persona, que brota de ella misma

pero que, al mismo tiempo, está fuera de su control, muy a su pesar muchas veces. Sin embargo, gracias a esto, todo ser humano posee en sí un dinamismo, una pasión y un sentido de “sorpresa” que le impele a estar despierto ante sí mismo y ante lo que tiene delante, así como a otear el horizonte con verdadera expectación. Por otro lado, a través del Espíritu (o de la “espiritualidad”, que es un vivir desde o del Espíritu), tal autonomía y “descontrol”, tal dinamismo, pasión y sorpresa, ese estar despiertos y ese horizonte, van tomando nueva realidad –quizá la más genuina y sencilla– cuando se ponen al servicio amoroso de Dios, es decir, de un Alguien que es todo Amor y Deseo por Su criatura. Comunió y comunidad de Amor inefable siempre abierta; dispuesta y deseosa a darnos siempre lo mejor mucho más y con más celeridad incluso que nosotros a desearlo y recibirlo¹.

Por otra parte, abordar el tema o la realidad del deseo (de Dios) es en cierta forma hoy un reto al estar tan unido como está a la espiritualidad (cristiana), particularmente a la experiencia de Dios o experiencia mística, las cuales han ido cargadas demasiadas veces de connotaciones peyorativas, como si fuesen algo “subjetivo” (o más bien subjetivista), o como si las personas que viven esta experiencia estuviesen fuera de la realidad, “en las nubes” y, por ende, alejadas del debido y llamado “compromiso cristiano”. Eso no denotaba más que el gran desconocimiento que ha existido y aún hoy existe tanto dentro como fuera de la Iglesia, de lo que es, supone y conlleva realmente la espiritualidad cristiana, así como del inestimable valor que tiene². Gracias a Dios la mística, y con ella el deseo que la sostiene, va ocupando poco a poco de nuevo su lugar, que no es otro que el de ser y actuar como el “humus” para la tierra. También para la propia teología o sus distintos saberes teológicos.

Desde ahí, la mística cristiana nos enseña a creer en el amor real y personal que Dios tiene a toda persona sin excepción³. Incluso me atrevería a decir que, en primer lugar, nos enseña a creer en el valor del deseo, sabiendo que sólo Dios hace de él un verdadero “don” para toda persona que se percate de ello, siendo como es un regalo siempre en oferta, algo que Santa Teresa de Jesús hizo siguiendo el ejemplo de todos los hombres y mujeres que le precedieron en esta “locura” de vivir sus vidas con y para el Señor por amor, “a las

¹ Cf. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a los hermanos estudiantes de Coimbra - Roma, 7 Mayo 1547*, en: *San Ignacio de Loyola, Obras*, La Editorial Católica, Madrid ⁶ 1997, 795-806.

² Toda verdadera experiencia de Dios o experiencia mística posee en sí un dinamismo integrador de toda la persona en sí como con su medio, pues todo es reflejo de ese único Amor que se desea o desea vivir y se vivencia. Esto viene avalado ya desde la fenomenología y la psicología, insistiendo en una complementariedad de la experiencia mística (unión-comunió con Dios) con la profética (misión histórica) hasta llegar a hablar de una “mística profética” o un “profetismo místico” (Cf. C. DOMÍNGUEZ MORANO, “La experiencia mística desde la psicología y la Psiquiatría”, en J. MARTÍN VELASCO, Trotta, *La Experiencia mística. Estudio Interdisciplinar*, Madrid 2004, 183-217). Sin embargo, desde el punto de vista de la Espiritualidad (o de la Teología Espiritual) estas “demarcaciones” no son tales o no son “exactas”. Sean cuales fueren los nombres que se le den a esta experiencia de Dios, en sí la verdadera Mística se define ya por su misión más genuina –la cual a su vez es definida como respuesta a un Amor–, y que no es otra, antes, ahora y siempre, que hacer la voluntad de Dios en la propia vida. Una expresión clara de esta “finalidad” es el llamado “Principio y Fundamento” de San Ignacio (EE [23]). La propia Santa Teresa lo corrobora en sus escritos, como todos los verdaderos místicos y místicas. Ahí está nuestra única felicidad.

³ Usando una expresión de Don Miguel de Unamuno acerca de cómo él procuraba ejercer lo que él llamaba la “decimoquinta obra de misericordia” (o la 8ª, según algunos), esto es, “despertar al dormido”, de igual manera se podría decir que los verdaderos místicos y místicas “*despiertan al dormido*”. No hay mejor “misión” que ésta.

duras y a las maduras”. A través de esos deseos, Él les fue amorosamente atrayendo, seduciendo y ganando el corazón, aun sin saber cómo, hasta establecer un trato de amistad o una relación de intimidad tan plena y gratuita con el Señor, que no les hizo desear nada más, como sigue ocurriendo también hoy por hoy. Quien haya vivido de verdad esto, no podrá hablar de forma peyorativa acerca de los deseos y de la espiritualidad, porque tiene bien presente que, puestos estos deseos del corazón en las manos de Dios, estos se hacen, a su tiempo y modo, “fruto” deseable, alcanzable, palpable, fecundo, sabroso y, en definitiva, al gusto de Dios y al gusto también de quienes se han rendido en libertad y por amor a este Señor. Santa Teresa lo sabía bien y no tenía “pelos en la lengua” a la hora de expresarlo, con esa expresividad y finura suyas tan características:

“Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran a desearlo y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Quiere Su Majestad y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí; y no he visto a ninguna de éstas [ánimas] que quede baja en este camino, ni ninguna alma covarde –con amparo de humildad– que en muchos años ande lo que estotros en muy pocos”⁴.

1. El “Libro de la Vida” de Santa Teresa: cruce de deseos

A poco que tuviéramos una visión “a vista de pájaro” de la Sagrada Escritura, podríamos apercibirnos, en general, de la existencia de dos deseos que van el uno al otro: el deseo de Dios, primero –pues Suya es la iniciativa–, de darse siempre a su criatura humana, seguido del deseo como respuesta del ser humano a su Dios⁵. Dado que la S. E ha sido y es fuente de los místicos y místicas, no extraña comprobar cómo la primera obra de Santa Teresa, “El libro de la Vida” parece emular a aquélla en cuanto al cruce de dichos deseos. Estos van apareciendo en la obra poco a poco, siguiendo de forma indistinta y entrecruzada, una doble dirección en prácticamente cada uno de los capítulos que la componen. Así, por un lado están los deseos propios de Santa Teresa –o referidos a ella– que tienden a Dios, o bien dificultan la intimidad con Él. Por otro lado, básicamente como un reflejo de esta experiencia personal que ella vive y vuelca en los demás, los deseos propios de toda persona que, pretendiendo acercarse y vivir esta intimidad la favorecen o en cambio la enturbian hasta incluso impedirla.

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 13, 2, en: *Santa Teresa de Jesús, Obras Completas*, Edición manual, transcripción, introducciones y notas de Efrén de la Madre de Dios, O.C.D. y Otger Steggink, O. Carm., La Editorial Católica, Madrid 1997. A partir de ahora se citará, siguiendo la mencionada edición, como: *Santa Teresa de Jesús, Libro de la Vida*, c. 13, 2. Es importante advertir que la enumeración de los párrafos de las citas puede variar en función de la edición utilizada en la lectura de esta obra.

⁵ La comunión plena de estos dos deseos se realiza en la encarnación del Hijo y en la unidad del Espíritu Santo. Cf. “Dabert - Duvergier de Hauranne” en M. VILLER (Dir.), *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique*. Doctrine e histoire, Tome III, Beauchesne, Paris 1957, 608-609.

¿Qué nos recuerda Santa Teresa hoy? ¿Qué es lo que nos revela este mundo de deseos suyo? ¿Es relevante para nosotros y para el diálogo con el mundo actual, e incluso para la misma teología?

A través de los deseos expresados en el *Libro de la Vida*, podemos apreciar cómo Santa Teresa nos “descorre las cortinas” de su corazón para mostrarnos o recordarnos unas cuantas cosas, herencia también de tantas personas que han vivido esta relación única de intimidad con Dios. Ella no teoriza, sino que nos cuenta su experiencia en base a sus hondos deseos (pues antes de ser experiencia, ha sido deseo)⁶. Desde ahí, ella constituye uno de los máximos exponentes de la Teología Espiritual o también llamada “Teología Mística”⁷. A esta teología y a los deseos que la sustentan es preciso acercarse con honestidad advirtiendo sencillamente “lo que hay”, limpiamente⁸. Así debe ser con las palabras, deseos y experiencia de Santa Teresa.

2. Algunas cosas de “lo que hay”: líneas que se abren

Lo primero que puede llamar más nuestra atención es que toda la vida de Santa Teresa (Teresa, para los amigos...) está atravesada por el deseo de Dios, el cual fue descubriendo en su interior, con la ayuda del Espíritu, poco a poco, aunque no sin resistencias. Esto, lejos de todo tinte romántico fácil y bobalicón, supuso un vivir expuesta al asedio –respetuoso y amoroso– de “*su Majestad*”, Quien la “asaeteaba” de una forma que hiciera posible una transformación del corazón de la que ella cada vez se hacía más consciente. Y eso, como repite tanto a lo largo de su obra, a pesar de lo que ella era.

Así, si de Santa Teresa habitualmente se dice que escribe como habla, más allá de esto, cuando ella se ponga a escribir el *Libro de la Vida* (por obediencia, como puntualiza⁹) lo hará según ella vive y desea. No cabía otra. De ahí también la gran vitalidad de sus palabras, además de la espontaneidad de sus expresiones. El deseo hondo que se deja ver y que late debajo de cada una de esas palabras que comunica, es intemporal, máxime cuando tal deseo hace “tándem” con el amor de Dios. Por todo ello, más allá

⁶ Podría decirse hoy que Santa Teresa se ajustaría bien a la llamada “teología narrativa”.

⁷ O bien “Teología Contemplativa” (una “contemplación” sin embargo que parece asociarse al sentido de la vista, priorizándolo. Sin embargo, la especial relación de intimidad a la que refiere, no siempre es un “ver” sino que abarca todos los sentidos, externos e internos, como le ocurría a la propia Santa Teresa y como suele acontecer en general en la percepción femenina de la experiencia mística). Con todo, parece más idónea la “propuesta” de San Juan de la Cruz –el “medio fraile” de Santa Teresa– al hablar de “*teología del amor*”, que unía conocimiento y amor. En definitiva ésta trataría de unificar la Teología de Oriente (con un método “místico”, que prioriza la experiencia vital para hacer teología) y la Teología de Occidente (cuyo método “científico” presenta distintos “lugares teológicos” como la Sagrada Escritura y los Santos Padres –“teología positiva”–, los Concilios generales, la autoridad Papal y la de los teólogos, la razón, la filosofía, la historia, etc. –“teología especulativa”–). Las y los carmelitas españoles unirían ambas teologías, oriental y occidental, algo que después recuperaría el Concilio Vaticano II al mostrar la conveniencia de unificar métodos.

⁸ Tal es el requisito básico de toda investigación cuyo método pretenda en verdad llamarse “científico”. Es decir, partiendo con la mirada limpia, sin presupuestos previos ni verdades incuestionables, por muy “santos” y “santas” que sean. Es lo que debería hacer la “Teología Mística” en el campo que la ocupa, el de la Espiritualidad, y que en realidad es o debería ser el “campo base” de toda teología.

⁹ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 40, 25.

del contenido en sí de su mensaje, lo primero que llega y zarandea al lector o lectora sin excepción de épocas, es esa “chispa” continua, ese *latido de deseo* que palpita en las palabras de Santa Teresa. Lo segundo que nos llega es un Otro, un Alguien que nos está esperando detrás siempre.

“Bien veo yo que en servir a Dios no he comenzado –aunque en hacerme Su Majestad mercedes es como a muchos buenos– y que estoy hecha una imperfección, si no es en los deseos y en amar, que en esto bien veo me ha favorecido el Señor para lo que le pueda en algo servir. Bien me parece a mí que le amo, mas las obras me desconsuelan y las muchas imperfecciones que veo en mí”¹⁰.

Santa Teresa admite tener lo más importante, es decir, deseos y amor, y sabía que eso bastaba para que Dios hiciese su obra en ella, a pesar de todo.

Sin embargo, aun con esos grandes y firmes deseos que Santa Teresa tenía –y el Señor aprovechaba–, le costó ver su valía en un principio. Una muestra de ello es cuando Teresa comenta, estando todavía en los inicios de su intimidad con Dios, cómo Él no la trataba mal como ella creía merecer sino al contrario, al tiempo que ella volvía a las andadas¹¹. Dios le daba “gustos” incluso antes de que ella volviera a Él o se dispusiera a hacerlo¹². Aunque sí admite que sus deseos de servir a Dios eran firmes. Pero añade que ni las lágrimas le parecían suficientes para alcanzar lo que ella consideraba que era “verdadera devoción”. Creía, en definitiva, lo que le habían enseñado: que Dios da sus dones y “gracias” a quienes antes se disponen, mirando sus méritos (y pecados):

“Bien sabía yo era lícito pedirla [pedir gustos estando con sequedad], mas parecíame a mí que lo es a los que están dispuestos con haver procurado lo que es verdadera devoción con todas sus fuerzas, que no es ofender a Dios y estar dispuestos y determinados para todo bien. Parecíame que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzava con ellas lo que deseaba”¹³.

¹⁰ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 30, 17.

¹¹ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 7, 19.

¹² Y eso cuando antes Santa Teresa había concluido para sus adentros que lo que le ocurría era cosa de Dios y no del mal espíritu –o del “*demonio*”, como ella dice–, ya que no encontraba entonces a nadie adecuado que le ayudara a aclararse. Al contrario, los amigos que le aconsejaban la confundían aún más. No encontrar a alguien que la acompañara en el Espíritu de forma competente fue un problema que Santa Teresa tuvo que sufrir en sus inicios. Aunque su deseo de encontrar gente así tuvo sus frutos.

¹³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 9, 9. Las lágrimas a las que refiere son realmente lo que en la tradición o vida espiritual se ha llamado “don de lágrimas”, es decir, una forma de llorar que Dios da a ciertas personas, consolando sobremanera. El Señor da unos sentimientos tan hondos que llevan a la persona a este llorar suave. Por ellos el Señor le hace ver a la persona Sus detalles, o bien también el mal trato recibido por ésta, pero con tal cariño y delicadeza, que la persona se siente más querida aún y acogida por Él, reforzándose así más la intimidad entre los dos. Es lo puede ocurrir, por ejemplo, cuando el Señor empieza a “recoger” a la persona para llevarla a “quietud” en lo que Santa Teresa llama “segundo grado de oración” o “segunda agua” (dentro de la alegoría del huerto. Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 11, 6-8). Dios la alimenta con el afecto, como hace con estas lágrimas que van aquí con gozo y sin que la persona pueda procurarlas, al ser un don (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 14, 4).

Todo parecía, al principio, que se le iba en palabras y deseos (aquellos que nacen del desasimiento absoluto), y deseos sin obra¹⁴. No acababa de percibir aún el valor que estos deseos tienen, vayan con obra o no, al ser lo más auténtico y verdadero que Dios pone en el fondo de la persona, de forma que, puestos en Sus manos, la realización es sólo Suya. Santa Teresa, fiándose de su interior, se fue convenciendo de ello, viendo que todo era realmente más sencillo: Dios únicamente mira los deseos y la intención del corazón¹⁵. Por tanto, ella nos recuerda o advierte –como una de sus grandes aportaciones– que, teniendo la persona estos buenos deseos de vivir para y con Dios, Él no espera a que esté dispuesta para darle todo tipo de dones, sino que con esos deseos, Él hace el resto¹⁶. Ni tampoco se trata ya de padecer, para “merecer”, sino para amar como el Señor desea ser amado, si esa es la manera que Él sugiere de hacerlo. Tal es la generosidad de este Señor: “¡Oh bondad y humanidad grande de Dios, cómo no mira las palabras, sino los deseos y voluntad con que se dicen!”¹⁷.

Se da cuenta de que Dios no llama una vez transformada la vida –como entonces se pensaba, siendo necesario esto para que Dios se comunicara– sino que Él, al comunicarse y cambiar el corazón por el afecto –con la “llave” del buen deseo–, cambia y transforma radicalmente nuestra vida, como le ocurrió a ella. Lo que vale, por tanto, son los deseos, no las realizaciones. Si el deseo de la persona es honesto, aunque no consiga nada, para Dios sólo cuenta ese deseo e intención, de manera que para Él todo está conseguido o logrado¹⁸. Y en la medida en que cada uno de nosotros crea y se mantenga en esos deseos, contra viento y marea, el Señor se nos irá entregando, según su particular “pedagogía divina”.

Es cierto que las “obras” o frutos constituyen no sólo una preocupación de Teresa –y de quien se embarca por entero en esta aventura–, sino también un buen indicativo de qué es lo que realmente mueve a la persona por dentro al obrar. Sin embargo, más adelante

¹⁴ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 21, 5.

¹⁵ Santa Teresa, como ya se ha venido insistiendo aquí, no está sola en la consideración de la importancia del deseo para la vida espiritual, sin que ésta pida más “parámetros” que ese deseo profundo y la buena voluntad. Un caso de esta “comunión” con quienes han vivido o viven lo mismo que ella se puede encontrar en San Antonio Abad (251-356), de quien escribía San Atanasio, al contar su vida: “Y tenía este pensamiento realmente admirable: pensaba que no era justo medir el camino de la virtud ni el retiro del mundo, que ha sucedido por causa suya, por el paso del tiempo, sino por el deseo y el buen propósito. Por eso no recordaba el tiempo transcurrido, sino que cada día, como si empezara la ascesis, se esforzaba más por progresar, repitiéndose continuamente las palabras de Pablo: ‘Olvidándome de lo que queda atrás, me lanzo a lo que está delante’” [Flp 3, 13]. (Cf. SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA, *Vida de Antonio*, Introducción, traducción y notas de Paloma Rupérez Granados, Ciudad Nueva, Madrid 1995, 41). Una “ascesis” que era entendida como “mortificación” y “martirio” interior por el que el monje “respira siempre a Cristo”, según las últimas recomendaciones que San Antonio daba a sus monjes antes de su muerte: “Conocéis las insidias de los demonios. Habéis visto cuán feroces y a la vez cuán débiles son. Por tanto, no los temáis; respirad siempre a Cristo y creed en Él, y vivid como si cada día fueseis a morir [1Co 15, 31], observándoos a vosotros mismos y recordando las exhortaciones que habéis oído de mí” (SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA, *Vida de Antonio*,... 123).

¹⁶ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 22, 1. 17.

¹⁷ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 34, 8.

¹⁸ De ahí el empeño de Santa Teresa de poner los deseos o de desear con toda el alma, para favorecer, al menos así, esa intimidad que ella quería tener con el Señor, y para que Él le respondiera e hiciera, según Su voluntad. Esta importancia de los deseos en la espiritualidad cristiana la reflejan muchos místicos y místicas, tratando el tema directa o indirectamente.

ésta se conforma de corazón con llevar vacías las manos *si eso* es lo que realmente le gusta al Señor y quiere para ella, de manera que da igual “hacer” que “no hacer”, “tener” que “no tener”, siempre que responda a Su voluntad, por muy desconcertante que pueda parecer, a la propia persona o a los demás. Pero incluso entonces, sin “grandes obras”—como percibía Teresa de sí misma— aunque con un corazón desprendido, el Señor le da una luz muy especial que es fácilmente percibida por quienes tratan limpiamente a esta persona. Porque la “gran obra” de su vida la ha puesto sólo en Dios, su único autor y protagonista¹⁹.

Claro está, todo esto supone aceptar de primeras que Dios nos ama y se interesa por nosotros de una forma personal y única, como si no hubiese nadie más en el mundo.

No extraña que, ante todo esto, Santa Teresa no deje de animar a lo largo del *Libro de la Vida* a que nos dejemos confiadamente en Dios para que Él nos cambie el corazón a Su manera y tiempo y, como ella puntualiza, “*sin trabajo nuestro*”²⁰.

El mundo de deseos de Santa Teresa, en su obra del *Libro de la Vida*, pasa a tener tanta significación, que puede ser contemplado desde distintas perspectivas, ya sea como fuente u origen, como motor, energía y alimento, o bien incluso como lenguaje o instrumento que expresa esta intimidad que desean compartir el Señor y ella.

Los deseos percibidos como *origen o fuente* remiten a esos primeros deseos que Santa Teresa va descubriendo —no exentos de “forcejeos” interiores—, en su niñez y adolescencia, así como a aquellos que marcan sus inicios en la intimidad con Dios cuando ella ya ha entrado en el Carmelo de la Encarnación de Ávila. A partir de este rico e imprevisible substrato, el desear de Teresa girará en torno a la azarosa búsqueda de un Vivir, con mayúsculas, vivir su vida con la mayor fidelidad y profundidad posibles, en intimidad honda con el Señor, sea cual fuere el ámbito y el camino que le tocara abordar o recorrer: en el monasterio con las monjas de la Encarnación, en sus vicisitudes en relación con la reforma del Carmelo o con las monjas que la acompañan en esta aventura

¹⁹ No importa realmente que esos deseos vayan o no con “obra” o “frutos”, al ser cosa Suya. Unidos a la “Vid verdadera”, los “sarmientos”, siempre darán el “fruto” que Él desea (Cf. Jn 15, 1-5) porque el amor que se ha vivido y vive no se puede contener ni la persona se lo puede “apropiar”. Inevitablemente, se vuelca hacia fuera, aunque no siempre de la manera que los demás desean o esperan. Así mismo, todo esto puede remitir a un aspecto que se cuidan mucho de señalar nuestros hermanos cristianos orientales: sólo la persona unida profundamente a Dios es la que es capaz de llevar a cabo el plan de Dios sobre su vida, sea cual fuere éste. Porque pone verdaderamente por obra lo que siente internamente, según el Espíritu le impulsa. Algo así viene a decir, de quienes enseñan o guían a otros, Simeón el Nuevo Teólogo: “El Señor no bendice a los que se contentan con enseñar, sino a los que por la práctica de los mandamientos han merecido ver y han contemplado en sí mismos la luz maravillosa y brillante del Espíritu; y mediante esa visión, ese conocimiento y esa influencia, han conocido por el Espíritu qué es lo que tienen que decir y enseñar a los demás” (citado por I. GORAÏNOFF, en *Serafin de Sarov*, Sígueme, Salamanca 2001, 54-55).-

²⁰ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 38, 4. No me resisto a transcribir sus palabras: “Esto es un gran señorío para el alma, tan grande que no sé si lo entenderá sino quien lo posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro. Todo lo hace Dios, que muestra Su Majestad estas verdades de manera que quedan tan imprimidas, que se ve claro no lo pudiéramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir”. Realmente esto sólo lo entiende quien de verdad lo ha vivido y vive. Quien se ha arriesgado a amar y a dejarse amar aun sin entender nada.

de reforma; con sus familiares, confesores, amigos y amigas; con autoridades religiosas o civiles, en los caminos, en su celda, en la cocina; con la gente que le sale al encuentro, con salud o sin ella, con “*gustos*” o con “*trabajos*”, con libros o sin ellos, con “*ángeles*” o “*demonios*” –muchos de los cuales se mostraban “*sub angelo lucis*”²¹–, entre desconcertos y contradicciones internas o con determinaciones firmes, etc. Más adelante, los deseos de “*Vivir*” se ampliarán a un “*vivir de*”... esos deseos que Dios pone en su corazón.

Una muestra de este “origen” o “fuente” puede encontrarse en aquellos primeros deseos de su infancia y juventud (el deseo de ser ermitaña o bien monja²²; deseos de vida virtuosa y cosas eternas o de virtudes grandes²³; deseos de ir al cielo²⁴ o esos deseos “*buenos*” y “*firmes*”²⁵ que, a pesar de saberse un “*adefesio*”, decía tener), o bien también, como ya se ha comentado unas líneas más arriba, aquellos que tiene siendo ya carmelita: el deseo que, según se discierne, viene o tiene su origen en Dios (deseo de “*soledad*”²⁶ –en ella significa “*oración retirada*”–; deseo de no engañarse²⁷, etc.), los deseos que el Señor hace nacer en ella para avanzar en la intimidad con Él (deseos “*en la pura verdad*” y “*acatamiento*”²⁸, es decir, deseos de Dios, que es la Verdad y deseos de disponibilidad absoluta a lo que Dios quiera; deseos de contentar a Dios, de vivir asida sólo al deseo de servirlo, según Su voluntad, etc.):

“...y así decía yo: ¿Quién es este que así le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran escuridad en un memento, y hace blando un corazón que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves adonde parecía de haver mucho tiempo sequedad?; ¿quién pone estos deseos?; ¿quién da este ánimo?; que me acaeció pensar: ¿de qué temo?, ¿qué es esto? Yo deseo servir a este Señor; no pretendo otra cosa sino contentarle; no quiero contento ni descanso ni otro bien sino hacer su voluntad (que de esto bien cierta estava, a mi parecer, que lo podía afirmar)”²⁹.

²¹ Cf. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, nº 332, en: SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Obras*, Edición manual, transcripción, introducciones y notas de Ignacio Iparraguirre, S.I. y Cándido de Dalmases, S.I., La Editorial Católica, Madrid 6 1997. Se citará como EE [332]. Por ejemplo, Santa Teresa alude a esta forma de manifestarse el mal espíritu en SANTA TERESA DE JESÚS, *el Libro de la Vida*, c. 7, 1; sobre todo en el c. 14, 8.

²² Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 1, 6.

²³ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida* c. 3, 1.

²⁴ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 3, 2. Desea ir al cielo... pasando por el “purgatorio” de ser monja. Sin ser el suyo precisamente un buen “modelo” para “tomar estado”, ella acertó, de manera que Santa Teresa confesará pasado el tiempo que nunca supo “*qué cosa era descontento de ser monja*” en ningún momento de los años que llevaba siéndolo (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 36, 11). Y eso que el suyo no fue precisamente un camino “lleno de rosas”, sin espinas.

²⁵ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 1, 7; c. 4, 10; 7, 19.

²⁶ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 6, 4.

²⁷ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 23, 12.

²⁸ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 38, 18.

²⁹ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 25, 19.

Aunque sea sin gustos ni descanso... Sólo Dios puede poner estos deseos y hacer que aumenten para que el corazón responda. Siendo dones, no son “adquiridos” de ningún modo –aunque sí pueden ser deseados–. Santa Teresa así lo experimenta. Beber de ellos es beber de una fuente inagotable. Como toda persona enamorada, ella desea tratar bien y no entristecer al Amado. En el deseo, ya estaba orando.

Por otro lado, como ya se ha comentado, los deseos podrían percibirse como *motor, energía y alimento*. El cariño entre Dios y Teresa se va nutriendo y manifestando a través de los deseos, al tiempo que son ese motor que provoca el empuje hacia delante siempre, una vez que el Señor se ha asentado en su corazón³⁰. De Él (de Sus deseos, en definitiva), como especie de “cargador universal” siempre disponible y entrañable, esta intimidad va “recargando” su energía en ruta, sin necesidad de paradas especiales. Incluso sin sentir ni ver nada, esta “batería” de deseos van definiendo a Teresa como persona³¹. Mientras le faltan buenos consejeros, el Señor iba “supliendo” en su trabajo con ella. Son deseos que marcan de forma imparabile y a modo de “hitos”, el proceso de transformación interior que el Señor, amorosamente, le va realizando, a modo de un inigualable “encaje de bolillos”.

Ejemplos de deseos percibidos así pueden ser, entre otros: el deseo de frecuentar más los sacramentos³², por lo que supone de incomparable alimento para el espíritu; el desear no engañarse del cual se deriva ese otro de ser aconsejada acertando en la persona que lo haga³³; el deseo de imitar a los santos y santas –del que se tratará más adelante³⁴–, o también los deseos de “*padecer*” por Dios –a medida que ella se va embarcando cada vez más en vivir para Él–, es decir, un desear que la vida le de oportunidades para demostrar al Señor este cariño que le tiene, pasando por lo que fuera, siempre que el Espíritu impulsara a ello:

³⁰ Esto tiene lugar, dentro de la evolución en la vida espiritual, una vez pasada la llamada *etapa de principiante*, la cual marca el punto de partida de la intimidad con Dios donde la persona le descubre vitalmente, estando deslumbrada por todo lo Suyo y sabiéndole a gloria –la lectura de la palabra de Dios u otras lecturas espirituales, actividades “devotas”, etc.–; todo es poco, a modo de quien sufre un “flechazo” amoroso, estando como en una “burbuja” hasta que la persona empieza a notar algo de sequedad en esas cosas que tanto la llenaban, desconcertándola y tentándola para volver atrás. Una vez pasado el tránsito de la primera a la segunda etapa o *etapa intermedia*, y estando ya en ésta, no hay ya marcha atrás en el camino espiritual aunque la impresión sea otra muchas veces. Se van sucediendo en ella la *noche oscura del sentido* (Dios nos cambia los gustos para irnos atrayendo a Él y Sus gustos) y la *noche oscura del espíritu* (Dios nos deja a oscuras para dejarnos desprender por Él de todo lo que no es o no lleva a Dios y así podamos comprobar que nada tiene sentido sin Él).

³¹ No es preciso “sentir” para saber que se ama. Sentir o no sentir no responde a realidades, por tanto, no es indicativo de cómo se está con Dios. El Maestro Eckhart señala algo parecido refiriéndolo al momento de la “comunión”: “A quien desea recibir de buena gana el Cuerpo de Nuestro Señor, no le hace falta mirar qué es lo que siente o nota en su fuero interior o cuán grande es su ternura o devoción, sino que ha de observar cómo son su voluntad y disposición de ánimo. No debes dar mucha importancia a lo que sientes; antes bien, considera como grande aquello que amas y anhelas” (J. ECKHART, *Pláticas Instructivas*, en: J. ECKHART, *Obras alemanas, Tratados y Sermones*, Traducción, Introducción y Notas de Ilse M. de Brugger, Edhasa, Barcelona 1983, 129).

³² Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 6, 4.

³³ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 13, 19b (también, por ejemplo, en el c. 32, 16). Más adelante se hará referencia a esta necesidad de consejo para discernir qué es o no de Dios.

³⁴ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 39, 13.

“Regalávame con Dios; quejávame a El cómo consentía tantos tormentos que padeciese; mas ello era bien pagado, que casi siempre eran después en gran abundancia las mercedes. No me parece sino que sale el alma del crisol como el oro, más afinada y clarificada para ver en sí al Señor. Y ansí se hacen después pequeños estos trabajos, con parecer incomfortables, y se desean tornar a padecer, si el Señor se ha de servir más de ello. Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones, como se pasen sin ofender a el Señor, sino holgándose de padecerlo por El, todo es para mayor ganancia, aunque como se han de llevar no los llevo yo, sino harto imperfectamente”³⁵.

Aquí le surge la queja, desde la confianza y el cariño al Señor, por tantos “*tormentos*” y “*trabajos*”, pero se siente afectivamente compensada del todo por Él, a pesar de todas las oscuridades. Llegada ahí, percibe cómo en esta intimidad tan deseada, el Señor va purificando y ordenando sus afectos hacia Él, al tiempo que le da –como en otro momento confesará– luces interiores (incluso intelectualmente para entender cosas de doctrina sin esfuerzo, “*en un punto*”) y momentos de clara unión con Él³⁶. Santa Teresa desearía incluso volver a padecer aquellos sufrimientos, pero apuntando dos “condicionales” importantes: siempre que el Señor se “sirva” más de ello y siempre que a Él no le ofenda. Lejos de parecer contener tintes “masoquistas”, la anima sólo el amor, queriendo demostrar al Señor el cariño que le tiene con estos detalles de enamorada – aun sabiendo que Él, en su inaudita generosidad, no pide tales demostraciones–. Por eso considera este “*padecer*” un gran bien. Así, la persona que lleva por amor todas las contrariedades y sufrimientos que trae la vida, no sólo le supone ser purificada como “*oro en el crisol*”, sino también ver acrecentado en ella el amor a Dios y otras virtudes. No habían cambiado en Santa Teresa las situaciones que ella vivía entonces sino la manera de percibir las y afrontarlas, poniendo como eje de su mirada y de su corazón al Señor.

Finalmente, los deseos pueden percibirse como *lenguaje o instrumento* que expresa esa intimidad entre el Señor y Santa Teresa. Así ocurre cuando, por ejemplo, ella sólo desea lo que ha visto con “*los ojos del alma*”, queriendo así decir que querría vivir aquello que ha intuido para disfrutar ya de ello, dejando lo demás o todo lo que ve con “*los ojos del cuerpo*”, porque le parece sueño, burla³⁷. Se constata así el grado de atracción que el Señor ejerce a través de los deseos para asentar a la persona en su amor. Algo parecido tiene lugar también cuando, por los deseos de gustos, Dios busca

³⁵ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 30, 14.

³⁶ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida* c. 4, 7; c. 12, 6; c. 27, 7-8.

³⁷ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 38, 7. Aquí Santa Teresa vive con tensión el deseo de hacer realidad y vivir lo que intuye o ve con “*los ojos del alma*”, dejando lo demás, de manera que “muere porque no muere” para disfrutarlo ya. Distinto dirá San Pablo cuando, al tener las experiencias más profundas, dice que, por su gusto, se quisiera morir ya, pero pensando en que al Señor aún le pueda ser útil, estaba dispuesto a seguir vivo todo lo que fuera necesario (Fil 1, 20-24). Esto Teresa lo dirá más tarde, pero aquí aún no, porque está todavía a la espera de que Dios la asiente.

“engolosinar”³⁸ al alma en los inicios o bien mostrarle detalles y gestos de amor Suyos, para que la persona no se hunda cuando la abrumen las sequedades. Todo esto tiene mucho que ver con el hermoso y sugerente tema del discernimiento o, si se quiere, de cuán provechoso es conocer y saber distinguir este “lenguaje de deseos”, una labor que Santa Teresa recomienda a todos y que ella misma ejercita con agudeza, como puede comprobarse a continuación:

“Si es de demonio, alma ejercitada paréceme lo entenderá, porque deja inquietud y poca humildad y poco aparejo para los efectos que hace el de Dios. No deja luz en el entendimiento ni firmeza en la verdad. Puede hacer aquí poco daño u ninguno, si el alma endereza su deleite y suavidad, que allí siente, a Dios, y poner en El sus pensamientos y deseos, como queda avisado. No puede ganar nada el demonio, antes primitirá Dios que con el mismo deleite que causa en el alma pierda mucho, porque éste [deleite] ayudará a que el alma, como piense que es Dios, venga muchas veces a la oración con codicia de Él; y si es alma humilde y no curiosa ni interesal de deleites, aunque sean espirituales, sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio, lo que no podrá así hacer si es espíritu de Dios, sino tenerlo en muy mucho”³⁹.

Es la manera que Santa Teresa tiene aquí para tranquilizar a quien empieza a tener “devoción” y trata de dilucidar si el gusto o “*deleite*” que percibe –y procura tener a voluntad, sin conseguirlo, quedándose por tanto en sequedad– es o no de Dios. Así, en este discernimiento que Santa Teresa nos propone, el “mal espíritu” sale siempre perdiendo, como ella dice, al acabar haciendo justo lo que Dios quiere porque aquél, o bien inquieta y da poco “*aparejo*” (disposición) y humildad, o bien, si da “*deleite*”, no llena. Y es que Dios nunca se comunica a base de inquietud sino de paz. Si la persona pone en el Señor todo lo que ella vive y siente, sus “*pensamientos y deseos*”, todo irá bien y nada podrá hacer el “mal espíritu”. Y lo curioso será comprobar cómo el mismo Señor, según se ha apuntado ya, aprovecha esa atracción por Sus gustos y regalos haciendo que la persona primero vaya a Él por interés (o “*con codicia de Él*”, como finalmente anota Santa Teresa) para que después, con el corazón bien enamorado, vaya con amor, buscando y mirando más el contento del Señor que el propio, por muy “espiritual” que éste sea, de

³⁸ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 18, 8. Es cierto que podría decirse que el desear “gustos” no es propiamente “de Dios” ya que indica que la persona aún busca su propio interés y no tanto el de Dios. Pero se ha de tener en cuenta también que Él, como buen “pedagogo”, aprovecha este interés primero de la persona por Sus “deleites” y regalos para, como se ha visto, “*engolosinar las almas*” y llevarlas libremente de la mano adónde y como Él quiere. De ahí la recomendación de Santa Teresa de poner ante todo nuestros deseos en Dios, aunque inicialmente éstos no fueran muy “puros” –al desear gustos en nuestro trato con Él–, ya que, mirando como mira el Señor nuestro corazón, sabrá hacer. Por otro lado, es interesante comprobar que tanto este matiz sobre este asunto como otros que Santa Teresa realiza a lo largo de su “discurso”, nos permiten ir conociendo mejor el gran sentido común y la flexibilidad que caracterizan a esta mujer, como buena “amadora” de Dios que es.

³⁹ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 15, 10. En el contexto de la “oración de quietud” o “segundo grado de oración”.

forma que, cuando ya el amor de la persona es desinteresado, ésta sabrá reconocer el “deleite” que es o no es de Dios, al llenarla o no, respectivamente.

De ahí por tanto la necesidad de discernir sobre los propios deseos que nos impulsan, de forma que se ponga todo “señorío” en Dios y se atienda a los “frutos” o efectos que tales deseos producen en la propia persona y a su alrededor, como criterio de discernimiento⁴⁰ (aunque, como ya se ha señalado anteriormente, teniendo el corazón limpio, lo que realmente importa son los deseos, no las realizaciones). Y para esto, Santa Teresa señala la conveniencia de buscar a alguien competente (predominantemente una persona “letrada”) que sepa acompañar y orientar durante todo el tiempo que sea necesario hacerlo, a quien desee vivir esto con seriedad –sin que ésta excluya por supuesto el también necesario buen “sentido del humor”–.

Por tanto, a modo de resumen de este tercer punto, Santa Teresa nos recuerda entre otras cosas, a sus lectores y lectoras del s. XXI, que Dios nos espera siempre *antes, durante y después*, detrás –y delante– de cada uno de esos buenos deseos. Y que es precisamente a través de los afectos como Él nos va ganando el corazón. Una vez embarcados en este amor, ya no hay marcha atrás⁴¹. Para ir por aquí, a esto es preciso añadir la necesidad de discernir la “calidad” de esos deseos del corazón, siendo conveniente hacerlo con la persona adecuada –si es con estudios, mejor⁴²–. Con ese discernimiento y ese acompañamiento, ella nos anima a vivir para Dios y para los demás por entero hasta las últimas consecuencias, según el Espíritu, sin engaños ni cortapisas.

La carencia y la soledad –no querida–, tienen también su lugar en este proceso de amor que vivió Santa Teresa con el Señor⁴³. Ya en la madurez de su intimidad, toda su

⁴⁰ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 21, 7. Como en el Evangelio, “*por sus frutos los reconoceréis*” (Mt 7, 16; Lc 6, 44).

⁴¹ La intimidad con Dios no responde necesariamente a un proceso de maduración humana sino a un proceso de transformación divina, de ahí que se “salga” de nuestros “cánones”. Supone un crecimiento o tensión siempre hacia delante en el caminar del alma hacia Dios de manera que se llega a la visión o percepción del Dios infinito en el deseo infinito del alma. O como comenta Daniélou acerca del término *epékthesis* en Gregorio de Nisa: “la vida espiritual es una transformación perpetua del alma en Jesucristo bajo la forma de un ardor creciente, pues la sed de Dios aumenta en la medida en que Él es participado con una estabilidad creciente, pues el alma se une y se fija más fuertemente en Dios” (J. DANIELOU, *Platonisme et Théologie mystique. Essai sur la Doctrine Spirituelle de Saint Grégoire de Nysse*, Editions Mouton, Paris 1944, 326), citado por L. F. MATEO-SECO, en: GREGORIO DE NISA, *Sobre la Vida de Moisés*, Ciudad Nueva, Madrid 1993, 23, nota 40 (por cierto, las páginas por él señaladas –306 y 307– para esta cita de Daniélou, no se corresponden con el libro de éste, siendo la 326 la correcta como ya se ha especificado).

⁴² Dada la nefasta experiencia inicial de Santa Teresa en este asunto, hablará de la conveniencia de aconsejarse con “letrados”, es decir, personas con estudios, expertas en el Espíritu, con conocimientos y experiencia –aunque ésta no siempre es necesaria–, porque para ella ir con “letras” (tener estudios) es ir con verdad y no sólo con buena intención, ya que ésta no basta. Como ella dice, “*de devociones a bovas nos libre Dios*” (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 13, 16-21). En la época de Santa Teresa la figura del “director espiritual” tenía particular importancia y era determinante porque se le obedecía como si fuera Cristo. Su responsabilidad en la marcha de la persona a nivel espiritual, por tanto, era percibida como mayor, y podía ser motivo tanto de “*aflicción*” y confusión como de gran “*aprovechamiento*” por parte de la persona “dirigida”.

⁴³ Como el hecho ya aludido aquí de que ella sufriera tanto no tener a alguien que la comprendiera y orientara bien en sus inicios, agravado si cabe por tener que sufrir las consecuencias de un mal acompañamiento por parte de amigos no expertos o, como ella dice, por “*contradicción de buenos*” (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida* c. 28, 18). O también por las “persecuciones” que sufrió al comenzar la reforma del Carmelo. Son sólo unos ejemplos.

confianza, su amor y su deseo están puestos sólo en Él; nada la turba y menos aún la tumba. Asida a este Señor y a su deseo de servirle, comprobó que precisamente aquellas situaciones y momentos difíciles la ayudaron a caer en la cuenta de que sus deseos no iban solos, y menos aún que hubieran aparecido, por así decirlo, por “generación espontánea”, sino que era el Espíritu quien los suscitaba y llevaba, aun en la oscuridad. Desde siempre estuvo ahí su único “*Maestro interior*”, y es Él el que “suplía”⁴⁴, de manera que ella ya iba “*a solas con Dios sólo*”⁴⁵; el dúo perfecto:

“Acordávame bien de lo que había visto en esta visión⁴⁶. Y hízome harto gran provecho para no confiar mucho de nadie, porque no hay que sea estable sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes [de persecución] me enviava el Señor, como me lo mostró, una persona de su parte que me diese la mano, como me lo había mostrado en esta visión, sin ir asida a nada más de a contentar al Señor; que ha sido para sustentar esa poquita de virtud que yo tenía en desearos servir. ¡Seáis bendito por siempre!”⁴⁷.

El Señor, de esta manera, va desprendiendo a Santa Teresa de todo lo que no es Suyo, animándola a desear, como ella dice en otro momento, “*joyas más preciosas*” como son “*menosprecio del mundo, y aun de sí mismos*”⁴⁸.

En todo esto por tanto, nos recuerda Santa Teresa hoy, por ejemplo, que Dios, al igual que hizo con ella, no nos garantiza que nuestra vida esté libre de dificultades y pesares, pero sí nos garantiza Su compañía incondicional a lo largo del camino, en los buenos y malos momentos, porque no es ajeno ni indiferente a lo nuestro, sino todo lo contrario⁴⁹. Con la mirada en el Señor, se podrá sufrir pero no sentir pena o tristeza en el fondo. Y es aquí donde ella insiste que no hay nada ni nadie en esta vida que pueda consolar como Dios lo hace; nadie capaz de mantener el cariño y la fidelidad como Él,

⁴⁴ Por ejemplo en Libro de la Vida, c. 25, 16: “Porque de que no tomava horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger...”; o bien en el c. 26, 6.

⁴⁵ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 36, 30.

⁴⁶ En dicha visión Santa Teresa se ve sola en un campo, rodeada de gente diferente con armas en las manos y en actitud de amenaza, y ve a Cristo en alto tendiéndole la mano, estando ya ella sin temor a que le hicieran daño porque no podían.

⁴⁷ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 39, 19.

⁴⁸ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 10, 5. Catalogar este “menosprecio”, como hace Santa Teresa, de “joyas preciosas” –continuando así la verdadera tradición espiritual occidental y oriental– puede espantar al más profano. Sin embargo, el tener “*menosprecio del mundo*” (algo así como el que no le importe a la persona nada de lo que la gente ambiciona en el mundo) y “*menosprecio de sí mismos*” (es decir, no tener la persona miedo de que la tomen por lo que no es, estando dispuesta a que la vida la desposea de todo, incluso de sí), es una manera de hablar del *desprendimiento* absoluto al que Dios invita siempre a toda persona. Todo lo que no responda a esto, sería quitar protagonismo a Dios.

⁴⁹ El libro de Job es una muestra espléndida de este dramático y a la vez hermoso misterio. Un misterio que cobra rostro y nombre en Jesús de Nazaret.

ni de aportar o vivir una libertad como la Suya⁵⁰, fruto de un desprendimiento interior por amor a través de Su mano y mirando nuestro hondo deseo.

En Santa Teresa podemos descubrir una gran fidelidad y honestidad personal respecto a lo que percibe interiormente y desea —que es el deseo de Dios sobre ella—, aun sin ser comprendida e incluso levantar sospechas de cierta heterodoxia. Como cuando ella ayuda a aclarar, sin pretenderlo en sí, aspectos algo olvidados o desvirtuados entonces, de la historia de la espiritualidad: los modos o “vías” de la llamada vía ascética (purificación, iluminación y unión); la manera de considerar a *Cristo* en su *humanidad* y corporalidad en *todo* el proceso de vida espiritual; la *oración mental*, entendida como trato de amistad a solas, que acoge en sí otras “formas” de oración, o también como proceso, un único y apasionado camino con sus etapas y vías, donde es Dios quien lleva siempre la iniciativa.

De lo primero, es decir, de la llamada por entonces “vía ascética”⁵¹, podía deducirse que Dios se empieza a comunicar sólo cuando la persona ya es madura en su interior y está bien dispuesta. Santa Teresa por tanto, según esto, aguardaba en sus inicios a “enmendarse” primero, a “ser digna” y “virtuosa”. Algo que chocaba de pleno con su experiencia interior, puesto que sentía que el Señor la llevaba o le daba “oración de quietud” y muchas veces de unión aun percibiendo que Él la seguía “purificando”⁵². Sin embargo, no es así, puesto que Dios se adelanta mucho más en su comunicación a la capacidad de respuesta de la persona, como ya apuntaban grandes maestros y maestras de espiritualidad, que no concedían credibilidad a aquella idea clásica de que purificación, iluminación y unión fueran vías o modos consecutivos, funcionando como grados, linealmente⁵³.

⁵⁰ No hay “señorío” ni libertad que se pueda comparar (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 20, 22; c. 40, 21-22). No faltan personas enamoradas de Dios que, al igual que Santa Teresa, vivieron y viven esto: “*Esta es la perfecta libertad, el no poder querer más que a Dios, es decir, querer siempre el bien y nunca el mal. Por eso dijo San Agustín: ‘Quita los bienes particulares, y fijaos solamente en el Bien en sí: es el Bien supremo al cual nos dirigimos’*” (H. Suso, *El Libro de la Sabiduría Eterna*, Hastinapura, Buenos Aires 1982, 159).

⁵¹ La ortodoxia o bien la corriente espiritual predominante entonces, venía a establecer la división tradicional o clásica de un camino ascético (purificación) primero, seguido del camino místico (iluminación-unión), confundiendo en realidad vías con etapas, puesto que esas vías o modos de influencia de Dios en la persona, no funcionan como “grados”, con un orden lineal (es decir, para estar unida la persona a Dios es preciso primero que haya sido purificada, para después ser iluminada y finalmente, “después de muchos años”, ser llevada a unión —y al “desposorio” o al llamado “matrimonio espiritual”—, como había oído Santa Teresa, en contra de su experiencia personal), algo que sí hacen las etapas. Por tanto, la purificación, iluminación y unión se dan en *todas y cada una* de las etapas de la vida espiritual (inicial o “pricipiante”, intermedia o “aprovechado/a”, definitiva o “perfecta”), de manera que las tres vías forman algo así como una vía paralela a la evolución interior —en “etapas”— que se produce en la persona. Una experiencia no sólo corroborada por Santa Teresa.

⁵² Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 4, 7; 10, 1; a propósito de la “*mística teología*” o unión inefable de Dios con la persona, sin poderlo explicar apenas de tan fuerte impresión.

⁵³ Ya San Buenaventura lo refería así. Como él escribe: “... es necesario alcanzar cada una de las tres cimas [el sopor de la paz, el esplendor de la verdad y el dulzor de la caridad, a las cuales se ordenan la purgación, iluminación y unión, respectivamente], pasando por tres grados [principiantes, aprovechados y perfectos] según las tres vías, esto es, la purgativa, que consiste en la expulsión del pecado; la iluminativa, que consiste en la imitación de Cristo, y la unitiva, que consiste en la recepción del Esposo, de modo que cada una tiene sus grados, por los cuales se empieza de lo más bajo y se sube a lo más alto” (SAN BUENAVENTURA, *Las Tres Vías*, en: SAN BUENAVENTURA, *Obras de San Buenaventura*, Vol. IV, La Editorial Católica, Madrid, 1963, capítulo 3, 1, 124).

Además de puntualizar el modo en que Dios la llevaba a ella, Santa Teresa explica el “papel” que le da en este camino a la “*Humanidad sacratísima*”, teniendo distinta apreciación a la que por entonces tenía la mística católica vigente, levantando así la “sospecha”. Dicha mística consideraba un “ascenso” en la vida espiritual donde, en primer lugar, la persona trataba con Jesús, con su humanidad, y luego, dejando esa humanidad, se elevaba hacia Dios (lo no físico o corpóreo). Santa Teresa lo sabía y en un principio hace caso de estos expertos de la “ortodoxia” por respeto⁵⁴, hasta recibir el “aviso” interno del Señor de que este camino no es el correcto. Desde entonces, ella se negará ya a considerar tal Humanidad como un impedimento para *avanzar* en la vida del espíritu, siendo más bien todo lo contrario, algo que recordará siempre que tenga oportunidad dando razones y apoyándose en grandes contemplativos⁵⁵. Sopesa la situación y deseo interior según le dicta el Espíritu en su corazón, y desde aquí va “de frente”, con sumo respeto, sin querer contradecir a nadie. Desde aquí, con todo, se pone atrevidamente en manos de “letrados”⁵⁶, al advertir también, como ya se ha señalado en estas páginas, el valor y la importancia que tienen para orientar las almas “en verdad”, aunque no tengan experiencia en el espíritu.

Por último, ella define la “oración mental” como una relación de amistad-intimidad con Alguien “*que sabemos nos ama*”. Es ante todo un encuentro y un caminar con Cristo, en su humanidad y divinidad, y en definitiva, la experiencia de la presencia –tam-

⁵⁴ Como ella comenta de estos expertos, “avisan mucho que se aparten de sí toda la imaginación corpórea y que se lleguen a contemplar en la divinidad; porque dicen que, aunque sea la Humanidad de Cristo, a los que llegan ya tan adelante, que embaraza u impide a la más perfecta contemplación. Train lo que dijo el Señor a los Apóstoles cuando la venida del Espíritu Santo -digo cuando subió a los cielos - para este propósito” [Jn 16, 7] (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 22, 1). Esto venía incluso de “letrados” muy queridos y seguidos por ella (como Landulfo de Sajonia, también llamado “el Cartujano” –“Vita Christi” y “Flos Sanctorum”– o franciscanos como Francisco de Osuna –“Tercer Abecedario”–, Bernardino de Laredo –“Subida del Monte Sión”– y, posteriormente, Bernabé de Palma –“Vía Spiritus”–, etc.), pero que aquí titubeaban o “desbarraban” –aun abogando por una relación personal o individual y afectiva con Cristo–, al seguir un filón doctrinal de posible origen neoplatónico, el cual interpretaba la relación con Cristo en particular y la vida cristiana en general, en sentido espiritualista, a expensas del lastre corporal, aunque sin excluir categóricamente la Humanidad de Cristo (Cf. T. ÁLVAREZ, *Jesucristo en la experiencia de Santa Teresa*, en: T. ÁLVAREZ, *Estudios Teresianos*, Vol. III. *Doctrina Espiritual*, Monte Carmelo, Burgos 1996, 16-25).

⁵⁵ Como San Francisco de Asís, San Antonio de Padua, San Bernardo y Santa Catalina de Siena (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 22, 1. 5-10).

⁵⁶ Porque como ella dice, “son letrados y espirituales” (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 22, 2) y porque “no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar –aunque viese abiertos los cielos– un punto de lo que tiene la Iglesia” (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 25, 12), siendo así que advierte que si ella notara lo más mínimo que iba en algo contra la fe, ella misma se iría a buscar a la Inquisición (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 33, 5). Pero ella también, como buena mística, sabe bien distinguir dónde está lo más importante y Quién anima todo. Por esto no extraña que incluso ella llegara a advertir que es tentación dejar de considerar esta Humanidad, lo sensible de Cristo, para avanzar en la intimidad con Él. (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 12, 3). No estaba descaminado un gran teólogo al escribir que “la mística es, en el seno de la Iglesia, la instancia crítica que hace a la Iglesia consciente de que su sentido final no reside en sus propias estructuras institucionales y en sus teologías (por muy necesarias que sean), sino en la intencionalidad por la que la Iglesia trasciende sus estructuras y anima su teología: la comunión con Dios en Jesucristo y, en ella, con todos los hombres” (Cf. E. SCHILLEBEECKX, “Profetas de la presencia viva de Dios”: *Revista de Espiritualidad*, 116-117 (1970), 320). Tal intencionalidad y tal deseo de comunión (también en el Espíritu) estaban bien presentes en Santa Teresa.

bién en la “ausencia” – amorosa de Dios en la propia vida. Esta “oración” viene a ser el eje vertebrador de la espiritualidad de Santa Teresa, de manera que aquel tándem formado por el amor y los deseos (de Dios y por Dios), sería la “sustancia” esencial que nutre y anima esta estructura. Es por ello por lo que el amor es el que engendra el deseo y es el deseo el que enciende más aún el amor, teniendo ambos no sólo su iniciativa y origen en Dios, sino también su crecimiento, madurez y plenitud⁵⁷. Oración y experiencia de este Señor no son separables puesto que hablan de lo mismo para ella, así como de un mismo deseo.

Santa Teresa admite que la experiencia de ver su gran mejoría al tiempo que el Señor la purificaba, la deja sin poder pensar durante la oración⁵⁸. Se desconcierta porque en su ambiente se insiste en la validez de una oración “*discursiva*” que asocia y prioriza la palabra o bien el pensamiento y la reflexión. Hasta que claramente, mirando en su interior, percibe que para ella la “oración mental” es otra y en ésta vuelca sus deseos y principal recomendación:

“Y quien no la ha comenzado [la oración], por amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque, cuando no fuere adelante y se esforzarse a ser perfecto, que merezca los gustos y regalos que a éstos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo que no se lo pagase; que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”⁵⁹.

Este trato *a solas* con el Señor puede inducir a error si con ella se tiene la impresión a veces de que es preciso buscar lugares, horas, “tiempos fuertes”, “espacios” o condiciones especiales para orar, cuando en la práctica no son necesarias, como la misma Santa Teresa confesará al ver sorprendida cómo Dios se le comunicaba mientras ella conversaba con otras personas, sin interferencias de ningún tipo⁶⁰. Al mismo tiempo

⁵⁷ “Cuanto más ama nuestro corazón, más desea y cuanto más desea, más encuentra” (J. P. CAUSSADE, *L'abandon à la Providence divine*, 23^e éd., Paris 1936, 57-58, citado en: *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique. Doctrine e histoire*, Tome III: Dabert - Duvergier de Hauranne, Beauchesne, Paris 1957, 609).

⁵⁸ Nadie explicó a Santa Teresa en ese momento que cuando el Señor empieza a darse más a la persona por la “oración de quietud”, la imaginación y el pensamiento se vuelven necesariamente cada vez más torpes. A más intimidad con el Señor, menos ganas hay de palabras y explicaciones o frases discursivas, porque quiere Él mostrarse directamente, sin imágenes, poniendo en cambio más “vivencias internas”, aunque inefables. Tratar, por tanto, de agarrarse a la imaginación y los pensamientos sería contraproducente. Santa Teresa lo avisará más adelante.

⁵⁹ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 8, 5.

⁶⁰ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 25, 16. La misma Santa Teresa intentaba seguir al principio lo que le habían enseñado: que sólo se puede “orar”, tener intimidad con el Señor, estando a solas y en determinadas circunstancias. Después comprobará que, una vez dejada en Dios, es Él quien marca el “ritmo”, las “horas” y momentos, hasta el punto de no tenerlos por verse “desdibujados” en lo cotidiano de su vida, porque en toda ella se vive esta inasible e “improgramable” intimidad. Sería un tanto absurdo e incluso “preocupante” que en su trato habitual, una pareja que se quiere y ama tuviese que programar las expresiones mutuas de amor y cariño, limitándolas a unas horas o momentos concretos.

ella comprobará que la oración no es algo “intocable”, necesitando por tanto un discernimiento en cada caso y “discreción”⁶¹.

Por todo ello, la definición de Santa Teresa debe matizarse en el sentido de que orar consiste, en definitiva, en una relación de amistad-intimidad con Dios, un *aprender a compartir* la propia vida con Él, como si de una pareja unida por el amor se tratara –y con independencia del “estado” de la persona–. Aquí es el mismo Señor quien enseña –a quien se deja enseñar–. Supone por ello, además de un fiarse, apasionamiento. No se comparte una idea o creencia sino un Alguien, aunque un Alguien muy especial, ya que no se deja ver, ni oír, ni tocar, ni oler, ni gustar –al menos al modo en que lo entendemos, según nuestras categorías y tiempos–. De ahí la necesidad de aprender a distinguir esas “maneras” que Dios tiene de manifestarse a la persona o cómo funciona Él en la intimidad con ella⁶².

Así, la vida de Santa Teresa –y en general de los verdaderos místicos y místicas– podría suscitar una pregunta: ¿Quién es y qué tiene ese Alguien especial que escapa a todo sentido habitual y a todo esquema de pensamiento humano, que no se deja “poseer” –pero sí “abrazar”–..., para haber encandilado de esa manera el corazón de esta mujer y de tantos otros y otras a lo largo de la historia?

Santa Teresa, además de suscitar o provocar esa curiosidad y deseo por ese Alguien, en este punto concreto que se ha tratado nos recuerda en primer lugar que es preciso ser fieles a nuestros deseos –si son de Dios– y mantenernos en ellos en cualquier momento y circunstancia, aunque recibamos “palos”- ya que, “*no es mayor el siervo que su Señor*”⁶³-. Se trata únicamente de hacer lo que podamos, fiándonos ante todo del Señor y poniéndonos en Sus manos, sabiendo que Él *siempre* nos saca a flote. Así mismo, sus palabras nos llevan a no olvidar que este camino de intimidad no es sólo para unas pocas personas, es decir, para quienes mejor se “disponen” o bien están ya “purificadas” –según se ha señalado–. Como don que es, lejos de ser tal intimidad, cerrada, “intimista” y “exclusiva” de unos pocos y pocas, está abierta a *toda persona* que, con el corazón en la mano, busque confiadamente y por entero a este Señor, aun a tientas y sin saber,

⁶¹ Una muestra más de la flexibilidad de Santa Teresa. Porque, si bien es cierto que al percibir ella por propia experiencia que tener oración es tener, en cierta forma, todos los problemas “vitales” resueltos, también percibirá como mujer de gran sentido común que es, que hay momentos que no son para orar, necesitando por ello tener “discreción” o moderación a la hora de permanecer en la oración o bien dejarla por un tiempo, y ello “*porque alguna vez el demonio lo hará; y así es bien, ni siempre dejar la oración –cuando hay gran distraimiento y turbación en el entendimiento– ni siempre atormentar el alma a lo que no puede*”, como también cuando hay “*indisposición corporal*” (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 11, 16). Unas situaciones en las que ella recomienda hacer otras cosas y distraerse. Basta aquí permanecer en el deseo. El Señor entonces sostiene y mantiene la “amistad” aquí por vías insospechadas.

⁶² Es lo que San Ignacio hará a través de las llamadas consolaciones y desolaciones. Puesto a la defensiva ante movimientos iluministas o “alumbados” –donde la misma Santa Teresa tuvo que sufrir ciertas sospechas al respecto– él es reacio a hablar de temas como la unión, los fenómenos extraordinarios –no queridos, por otro lado, por Santa Teresa ni por ningún verdadero místico o mística–, etc. Por ello, San Ignacio se centra más en un misticismo de servicio basado en el amor antes que en un misticismo de unión amorosa, como el de Santa Teresa (según la imagen matrimonial tan presente en la Biblia y tan compartida por la mística cristiana).

⁶³ Cf. Jn 15, 20.

de primeras, Su nombre⁶⁴. Por otro lado, es preciso advertir el error que es absolutizar cualquier “método” de oración⁶⁵ puesto que toda oración, es decir, todo trato con el Señor que se hace desde el corazón es válido para Él. Apenas necesita nada... Basta incluso el mismo anhelo interior, una mirada, un suspiro o un deseo –hasta el mismo deseo de desearlo–⁶⁶.

Santa Teresa además nos habla de una especie de “comunidad espiritual” en los deseos, en una doble dirección: tanto en la amistad y trato con otras personas de su época (amigos o amigas, confesores) como también hacia aquellos hombres y mujeres que a lo largo de los siglos vivieron a fondo esta relación profunda de cariño con el Señor. Las primeras llevan a Santa Teresa no sólo a desear ayudarles en su camino con Dios cuando Él lo impulsa⁶⁷, sino a valorar también los deseos que los demás tenían hacia ella aquí⁶⁸. Las segundas, es decir, quienes ya vivieron esto, la llevan a tratar de imitarlas para llegar adonde llegaron y llegan. Va comprendiendo al ver lo que Dios hace tanto en unas como en otras, así como en ella misma, que Dios da en los deseos lo que después realizará en obra⁶⁹. Por ello exclama:

⁶⁴ Un ejemplo de esto puede verse en SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 8, 8; c. 15, 2; c. 27, 12, etc. Esta “universalidad” se nutre sin duda en la “liberalidad” y el deseo de un Dios que quiere que todo el mundo se sienta con Él en la misma mesa, como Jesús mismo mostraba siempre que podía en el Evangelio (Lc 14, 15-24; 22, 15ss; 28-31; Mc 14, 22-23; Jn 6; 21, 12-13, etc.).

⁶⁵ De hecho, ella no tiene un “método” en sí, aunque opta por la oración mental pero tal como ella la entiende, sin excluir sino al contrario, acogiendo otras formas siempre que guarden la esencia de lo que es ese “trato de amistad-intimidad” con el Señor. Lo esencial aquí es la *actividad interior* con este Señor –como el de dos buenos amantes–, mantenida a lo largo de la jornada, se haga lo que se haga, y en toda circunstancia o situación.

⁶⁶ También Santa Catalina de Siena expresa la preeminencia del “santo deseo” en la oración, según le decía el Señor a ella: “Quien más conoce, más ama, y amando más, saborea más. Ves, por tanto, que la oración perfecta no se adquiere con las muchas palabras, sino con afecto de deseo, elevándose a mí [el alma] por el conocimiento de sí misma, condimentado lo uno con lo otro. Así poseerá, a la vez, la oración vocal y la mental, porque ambas se hallan unidas, lo mismo que la vida activa y la contemplativa, aunque se intente la oración vocal o se quiera la mental de muchos y diversos modos. Porque el santo deseo, la buena y santa voluntad, es oración. La voluntad y el deseo se elevan a mí en el lugar y tiempo ordenados y se unen en la oración continua del santo deseo. Así, permaneciendo el alma en ese deseo y voluntad, se mantiene en continua oración, y hará la vocal en el tiempo prescrito, y algunas veces fuera de él, según lo exija la caridad, en bien del prójimo, en conformidad con las necesidades y según el estado en que la he colocado” (SANTA CATALINA DE SIENA, *Obras de Santa Catalina de Siena*. El Diálogo. Oraciones y Soliloquios, La Editorial Católica, Madrid, 1980, 171).

⁶⁷ En general, es su deseo de que estas personas que ella trata sirvan a Dios y se entreguen sin reservas a Él, como ocurre con su padre, con sus confesores –estos, para que sean muy “espirituales”– o con sus monjas de San José, el primer Carmelo descalzo (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 7, 10; c. 13, 8). Todo ello sabiendo que, como ella dice también, “éstos son dones que da Dios cuando quiere y como quiere, y ni va en el tiempo ni en los servicios” (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 34, 11).

⁶⁸ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 33, 7.

⁶⁹ “No se fatiguen; esperen en el Señor, que lo que ahora tienen en deseos Su Majestad hará que lleguen a tenerlo por obra, con oración y haciendo de su parte lo que es en sí; porque es muy necesario para este nuestro flaco natural tener gran confianza y no desmayar, ni pensar que, si nos esforzamos, dejaremos de salir con victoria.” (SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 31, 18). Un “esforzarse” que consiste ante todo en fijar la mirada en el Señor, procurando, como se ha señalado ya, mantenerse en los propios deseos de estar a lo que Él quiera y creyendo de verdad que por ellos Dios obrará a Su manera y tiempo, sin darse incluso cuenta la persona, porque “*el Señor [...] se lo da a sus amigos mientras duermen*”, como nos recuerda el Salmo 127 (126).

“¡Bienaventuradas las personas que os sirven con obras grandes! Si con haberlas yo envidia y desearlo se me toma en cuenta, no quedaría muy atrás en contentaros; mas no valgo nada, Señor mío. Ponedme Vos el valor, pues tanto me amáis”⁷⁰.

Este deseo de Teresa de imitar a los buenos o esa sana “envidia” de querer parecerse a aquellos y aquellas que, por cariño a Dios, se habían dado del todo a Él, es para el Señor un gran “ventanal” por donde colarse a gusto en el corazón de Teresa y habitar a Sus anchas en él, con las “puertas” abiertas, sin rincones... Por eso ella, sabiéndolo, se dejaba ya del todo, aun sabiéndose también cobarde pero amada por el Señor como es. Para Santa Teresa, todo se reúne en el presente que Dios le da al aunar la experiencia de esos otros y otras con la suya propia. La apreciación y valoración de la tradición espiritual recibida —o las distintas tradiciones y corrientes espirituales—, de la que forma parte, la hace apreciar paradójicamente la propia “singularidad” de su relación con Dios, llevándola a su vez a compartir esta experiencia con quienes la trataban y leían, puesto que respondía a un “patrimonio” del que toda persona está llamada a conocer, disfrutar, participar y vivir. De hecho, toda la espiritualidad teresiana está jalonada de ella. Esta comunión es importante sobre todo cuando “toca” en la vida “*padecer*” o afrontar el dolor⁷¹.

Por todo, en este sexto punto Santa Teresa nos recuerda cómo estos deseos —y todo lo que estos suscitan— no están llamados a quedarse en sí mismos, a replegarse, sino a ser compartidos de una u otra forma a su debido tiempo, como fruta que el Señor ha ido madurando en Su huerta⁷². Los demás participarán de esa comida sabiendo así que el deseo de Dios es lo primero, que está muy por encima de todas las consideraciones humanas —por muy santas que sean éstas— y que, como ya se ha señalado, sólo Él es el protagonista de esta historia. Al mismo tiempo parece animarnos a considerar y valorar en su justa medida (y a no olvidar en el baúl de los recuerdos) la rica tradición cristiana espiritual recibida, tanto oriental como occidental (para lo cual bueno es ejercer una sana autocrítica respecto a la presentación que se ha hecho y hace de dicha tradición).

Finalmente es preciso destacar aquellos deseos que *no* favorecen, dificultan o impiden la intimidad con Dios, tanto en Santa Teresa como en toda persona que desea vivir esto. Son, a modo de ejemplo, de Teresa, el desear dar buena imagen y jugar “a dos bandas”⁷³, los deseos de dejar la oración⁷⁴; el deseo de que Dios muestre sus pecados a

⁷⁰ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 39, 13.

⁷¹ Por ello, viene a decir Santa Teresa casi al final de su *Libro* que, quien reconozca en su corazón la misma herida de amor que produce amar cada rincón del Amado tomando Sus heridas como propias (abrazándolas, amándolas y deseándolas, si Él las abraza, las ama y las desea), debería andar, si pudiese, tras estas personas que viven la misma “enfermedad”, porque es un gran consuelo para la persona ver que no está sola en la “empresa”, ayudándose y apoyándose mutuamente a la hora de “*padecer*” (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 34, 16).

⁷² El deseo “místico” en la persona, es un deseo de unión-comunión con Dios, y en Él, también con los demás y la realidad toda, como reflejo Suyo que son. Por ello nunca se queda en sí dada su fecundidad interna nata.

⁷³ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 2, 2. Ese juego “a dos bandas” refiere a ese, según sus palabras, “*estar en la batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo*”, queriendo así gozar de Dios sin entregarse del todo.

⁷⁴ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 8, 7. Tentación propia de los principios. Santa Teresa acertó al aguantar y perseverar aquí.

toda persona que tenga buena opinión de ella⁷⁵, etc. O bien también, referido a la persona en general, el deseo de gustos interiores o “contentos” en la oración⁷⁶, dejarse llevar por los deseos de ayudar a los demás antes de tiempo, cuando aún no se está fuerte en Dios⁷⁷ o bien el deseo como apego a las cosas “del mundo”:

“¡Donosa manera de buscar amor de Dios! Y luego le queremos a manos llenas, a manera de decir. Tenernos muestras afeciones (ya que procuramos efectuar nuestros deseos y no acabarlos de levantar de la tierra) y muchas consolaciones espirituales con esto, no viene bien, ni me parece se compadece esto con estotro. Ansí que, porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro”⁷⁸.

Se quiere por un lado disfrutar de Dios y de sus regalos o favores y por otro, al mismo tiempo, poseer nuestros afectos o seguir apegados a lo nuestro y a deseos o intereses particulares o bien a la gente que queremos. Es lo que ocurre con la “honra”, contra la que Santa Teresa “embiste” siempre que puede –sin faltar a la caridad–. Como ella nos expresa, no soportamos que atenten contra nuestra honra y, sin embargo, tenemos “la boca llena” de Dios. Pero todo no se puede tener a la vez. Por eso, concluye ella con gran sentido común: como la persona se entrega con cuentagotas, el tesoro de Dios le viene con cuentagotas.

Por tanto, en resumen se podría concluir que, a través de estos deseos que “no son de Dios” (pero tampoco son ajenos a este proceso de intimidad con Él), Santa Teresa nos lanza “un guante” que contiene tanto una seria advertencia como una palabra de esperanza:

“La *advertencia*: que estos deseos en general, vienen a revelar nuestras resistencias internas a vivir esta intimidad con el Señor como Él quiere, de manera que todo

⁷⁵ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 31, 15. Se señala una “falsa humildad” o humildad mal entendida: una tentación muy “común” en quienes están en los principios que muchas veces denota cierta cobardía “bajo capa de humildad” y que el “mal espíritu” disfraza como algo bueno y loable (o según expresión ignaciana, “*sub angelo lucis*”; Cf. EE [332]). Después Santa Teresa aclarará que si los deseos van con verdadera humildad –es decir, la que sabe bien que es el Señor quien lo hace–, y se anda con “discreción”, no hay peligro.

⁷⁶ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 11, 13. Como ya se ha comentado en estas páginas, es un deseo que en sí y sobre todo a los inicios, favorece la intimidad con Dios (al atraernos hacia Él por este medio), no así después donde se prefiere primero el contento del Amado. Esto último es lo que pesa más en Santa Teresa, la cual no se muestra muy favorable a dichos “gustos”.

⁷⁷ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 19, 13. Se corre el riesgo de volver atrás en la intimidad con Dios ya que todavía no está el alma empapada de Su amor. El “mal espíritu” puede aprovechar el “calor” de la experiencia de Dios que ha tenido la persona para hacerla errar, de manera que ésta actúa antes de tiempo o deduce o concluye cosas que no son. Algo que San Ignacio también advierte (Cf. EE [336]). Mejor es entonces esperar a que pase la “borrachera interior” para poder sopesar con más objetividad qué es o no es de Dios. “*Querria saberlo decir, porque creo se engañan aquí muchas almas que quieren volar antes de que Dios les dé alas*” (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 31, 18).

⁷⁸ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 11, 3. Aquí es el apego a la honra pero también lo es a la salud y a las cosas de esta vida en general (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 13, 7; c.21, 6; c. 20, 27).

deseo que no vaya en la línea de no dejarnos despojar libre y amorosamente por Dios y por los demás de todo lo que no es Suyo, impedirá o dificultará esta intimidad, jugándonos la verdadera felicidad en ello”⁷⁹.

Una *palabra de esperanza*: dichos deseos forman parte del camino o del proceso personal de cada uno y de cada una. Puestos en las manos de Dios –lo cual, repito, sugiere también un discernimiento– todo concurre al final, paradójicamente, a ir anclando y centrando nuestro corazón en el Señor, el único capaz de dar una paz y una “llenumbre” interior inigualables. Esto nos llena de esperanza y alegría porque estos deseos, más que de un misterio del mal –que Santa Teresa personifica en la figura del “*demonio*”–, nos hablan ante todo de un misterio de esperanza amparado en un fiarse que quiere ser sin condiciones: el de la inmensidad del amor y la extrema y entrañable generosidad y misericordia de Dios que, en Jesús, ha sobrepasado y vencido “toda sombra de muerte” y todo “*infierno*”.

“Aquí se ve claro, Jesús mío, el poco poder de todos los demonios en comparación del vuestro, y cómo quien os tuviere contento puede repisar el infierno todo. Aquí ve la razón que tuvieron los demonios de temer cuando bajaste a el limbo y tuvieran [deseos] de desear otros mil infiernos más bajos para huir de tan gran majestad, y veo que queréis dar a entender a el alma cuán grande es y el poder que tiene esta sacratísima Humanidad junto con la Divinidad”⁸⁰.

Y es que en esta “mesa” que se nos sirve, el Amor es el que tiene la última palabra. Pero el buen deseo, el que Santa Teresa nos anima a todos y a todas a tener, mantener y vivir “a pleno pulmón”, aportará un “plus” que ensanchará nuestro corazón y lo dejará libre para respirar ya aquí, en esta vida⁸¹, la única Vida que es este Señor nuestro, “*Su Majestad*”.

⁷⁹ Eso también nos conduce a la necesidad de conocernos y de “conocer” al Señor, revisando la propia imagen que se tenga de Él, puesto que esta imagen y ese conocimiento condicionará nuestra confianza y cariño, nuestro “dejarnos” en Dios. Así también lo sugiere San Ignacio, con ese “*conocimiento interno*”, tanto “*del Señor*” (EE [104]) –puesto que son por los afectos por donde lo conocemos y por donde Él nos conquista el corazón–, como “*de tanto bien recibido*” (EE [233]) para así poder más en todo amarle y seguirle o servirle (en ese orden, ya que el seguimiento y el servicio son una consecuencia o fruto del amor). Y es que es hemos de tener garantía de lo interior –para lo cual no caben “ayunos”–, para ser capaces de desprendernos de lo exterior, por cariño al Señor. Porque “*si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar*” (Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 10, 4).

⁸⁰ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 28, 9 (también el c. 8, 12).

⁸¹ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 4, 10.